

JAIME BALMES, «EL ESCRITOR MÁS LEÍDO EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XIX»

El caso de Jaime Balmes (1810-1847) resulta realmente sorprendente. Es el de un sacerdote de provincia, y de familia de escasos recursos, que muy joven se da a conocer como polemista y propagandista; en el curso de diez años publica el grueso de su obra (miles de páginas); consigue una gran difusión española e internacional abrazando el periodismo en auge, y muere antes de cumplir los cuarenta de la enfermedad romántica por excelencia, una tisis pulmonar, tras una trayectoria deslumbrante.

Recogeremos algunas opiniones sobre el personaje. Primero, la de Josep Pla: «Balmes fue un típico moderado, inteligentísimo, de una sagacidad impresionante. No me parece que el siglo XIX haya dado, en la política, otro hombre tan objetivo, tan elevado y de más viva sensibilidad para las cuestiones públicas. [...] Es el legislador perenne de la posición catalana más profunda y más contrastada por todas las circunstancias, aquella posición que se puede formular diciendo: ni reacción ni revolución. Quintaesencia del conservador liberal, es decir, la flor de la vida moderna en lo que tiene de estrictamente ética y civilizada».

Seguiremos con la del historiador de la edición Hipólito Escolar: «Por sus sencillas y claras exposiciones, fue quizás el escritor español más leído en el siglo XIX. Sus obras alcanzaron más de cien ediciones en España a las

que hay que sumar las numerosas que aparecieron en el extranjero».

Nacido en Vic, formado en Cervera, en su juventud escribió poemas. En 1839 empieza a colaborar en la prensa católica madrileña con un artículo sobre el celibato del clero. Como si fuera un personaje de la novela de Balzac *Las ilusiones perdidas*, enseguida siente la fascinación del medio. «Nada conozco más grato, escribe, que ejercer influjo sobre los hombres por el ascendiente de la verdad; nada conozco más grato que escribir una palabra y tener una seguridad profunda que [...] volará a grandes distancias y vibrará en millares de espíritus.»

Su misión será defender la doctrina de la Iglesia con argumentos modernos, en un siglo dominado «por el racionalismo protestante y el cientifismo». En 1842 publica su «obra monumental», *El protestantismo comparado con el catolicismo*, «en refutación de la que había escrito Mr. Guizot sobre la historia general de la civilización en Europa, que había alcanzado tanta resonancia». Traducida al latín, italiano, francés, alemán, inglés y griego, a lo largo del siglo XIX alcanzó doce ediciones.

Una cifra superada por *La religión demostrada al alcance de los niños*, veinte ediciones, y por *El criterio*, tratado sobre los sistemas de razonamiento («en qué consiste el pensar bien»), a fin de aplicarlos a la vida práctica, que fue de presencia obligada en los hogares españoles y obtuvo quince ediciones. Es un libro que se lee con gusto aún hoy, con su combinación de lógica divulgativa, ejemplos prácticos (como los ejercicios para que los jóvenes elijan carrera), estampas cotidianas con tono narrativo y anécdotas biográficas que lo acercan, salvando las distancias que se quieran, a los actuales libros de autoayuda de banda alta. Estos superventas le representaron a su autor beneficios económicos considerables.

Balmes fundó publicaciones como *La civilización*, 1841-1843, y luego *La sociedad*, donde publicó sus también célebres *Cartas a un escéptico en materia de religión*. En ellas desarrolla un argumento aún hoy fácil de escuchar: el escepticismo religioso «sirve únicamente en medio de la dicha terrena, solo se alberga tranquilamente en el hombre cuando rebosando de salud y de vida, mira como eventualidad muy lejana el instante supremo en que le será preciso al espíritu el despegarse del cuerpo mortal». Pero, ¡ay cuando vienen mal dadas!: «desde el momento en que la existencia está en peligro, cuando vienen las enfermedades, como heraldos de la muerte, a indicarnos que no está lejos el terrible trance, cuando un riesgo imprevisto nos advierte que estamos como colgando de un hilo sobre el abismo de la eternidad...». Entonces, sumido en una «incertidumbre cruel, angustiosa, llena de remordimientos, de sobresalto, de espanto», le llega al ser humano el momento de buscar el confortamiento de la religión.

En 1845 se instala un tiempo en Madrid, donde impulsa una nueva revista religiosa, política y literaria, *El pensamiento de la nación*. «¿Tiene la Nación un pensamiento propio? ¿Será posible formularle como norma de gobierno? Creemos que sí. Estamos convencidos de que la España abunda de elementos de vida: en su catolicismo, en su monarquía y demás leyes fundamentales están las prendas de la tranquilidad y la ventura.»

En esta publicación discutió el proyecto de reforma de la Constitución de 1837, promoviendo el enlace matrimonial de la reina Isabel II con el hijo del pretendiente carlista, el príncipe de Montemolín, con vistas a pacificar definitivamente el país. La propuesta le valió ácidas críticas de ultramontanos y progresistas y no prosperó.

Respecto a Cataluña, en las muy medidas palabras de

su biógrafo Jaime Collell, «sin soñar en absurdos proyectos de independencia, injustos en sí mismos, irrealizables por la situación europea [...]; sin entregarse a vanas ilusiones de que sea posible quebrar esa unidad nacional comenzada en el reinado de los Reyes Católicos [...]; sin extraviarse Cataluña por ninguno de esos peligrosos caminos [...] puede alimentar y fomentar cierto provincialismo legítimo, prudente, juicioso, conciliable con los grandes intereses de la nación».

En 1848 fue elegido miembro de la Real Academia Española, sin que llegara a tomar posesión. A su muerte, Balmes recibió el homenaje de todas las fuerzas vivas comarcales. Murió en Vic y la ciudad en pleno acompañó al cementerio sus restos mortales, que hoy descansan en la catedral de la ciudad.

FUENTES:

- Jaime BALMES, *El criterio*, prólogo de Miguel Flori, Biblioteca de Autores Cristianos, 2011.
- P. Ignasi CASANOVAS, S. J., *Actualitat de Jaume Balmes*, RABL, 1921.
- Jaime COLLELL, *Biografía de Jaime Balmes* (1880), en *Galería de Catalanes Ilustres*, vol. I, Ayuntamiento de Barcelona, 1948.
- Antonio ELÍAS DE MOLINS, *Diccionario biográfico y bibliográfico de escritores y artistas catalanes del siglo XIX*.
- Hipólito ESCOLAR, *Historia Universal del Libro*.
- Josep Maria FRADERA, *Jaume Balmes. Els fonaments nacionals d'una política catòlica*. Eumo, 1995.
- Josep PLA, *Diccionario Pla de literatura*. Edición de Valentí Puig, traducción de Jorge Rodríguez Hidalgo, Ed. Destino, 2001.

PIFERRER Y LAS BELLEZAS ROMÁNTICAS

Pablo Piferrer (1818-1848), con su halo romántico, se impone como otra de las figuras claves de la primera mitad de siglo. Al igual que Balme, se consagra muy joven y muere de tisis sin haber alcanzado la madurez; como Aribau o Capmany, desempeña un papel importante tanto en la recuperación de la historia catalana como en la configuración de la cultura española de su tiempo.

Hijo de tejedor, trabaja de adolescente en el oficio paterno, al tiempo que se forma en diversos centros y, con menos de veinte años, empieza a colaborar en la revista insignia de su generación *El Vapor*. Incansable viajero por Cataluña, en el verano de 1835 se lanza a recoger por los pueblos poesías populares, interés que mantendrá durante doce años, aunque su colección va a quedar inédita, según explica su biógrafo Ramón Carnicer.

En 1838 tiene lugar la entrevista que cambia su existencia. El editor e ilustrador Francisco Javier Parcerisa, impresionado por las descripciones de Granada que hace Chateaubriand en su libro *El último abencerraje*, alberga la idea, muy romántica también, de lanzar una publicación sobre los antiguos monumentos españoles. Parcerisa, señala Carnicer, buscaba a alguien con un estilo poético en la línea del Victor Hugo de *Nuestra Señora de París*, «sin disertaciones frías y fatigosas».

Se lo propone primero a otro joven prodigio de esa época, Manuel Milá y Fontanals, quien rechaza el encar-

go pero le propone a cambio a Piferrer. En vez del autor reconocido que buscaba, a Parcerisa le llega a casa un veinteañero, «de modesto porte y bondadoso aspecto», con varias virtudes a su favor: escribía muy bien y le gustaban el excursionismo y la arqueología. Además, Piferrer había sido sacudido por el espíritu de la época: en un viaje a Poblet se indignó al ver en ruinas los sepulcros de los reyes y grandes héroes catalanes. Se ponen rápidamente de acuerdo.

El primer volumen de *Recuerdos y bellezas de España*, dedicado a Cataluña, apareció en Barcelona en 1839 con textos de Piferrer y láminas de Parcerisa. En su introducción, Piferrer citaba a Larra: «Nada nos queda nuestro, sino el polvo de nuestros antepasados»; apostaba por revalorizar el pasado tradicional y señalaba como inspiradores a Goethe y Walter Scott y, en España, a Martínez de la Rosa y Patricio de la Escosura.

Esta primera entrega ofrece descripciones de los principales edificios antiguos de valor y monumentos de Barcelona, Gerona, Poblet, Montserrat o San Cucufate (Sant Cugat), puntuados de observaciones y valoraciones históricas. Fue un bombazo. *Recuerdos y bellezas de España* resultó decisivo, en el terreno peninsular, para impulsar la sensibilidad romántico-regionalista, y en Cataluña, para la configuración de la *Renaixença*. Según Menéndez y Pelayo, «se debe a Capmany, en lo histórico, y a Piferrer, en lo histórico-poético, el despertar romántico de Cataluña».

Para Joan-Lluís Marfany, en su reciente revisión cultural de este periodo, los *Recuerdos* introducen en el patriotismo regional «el ingrediente de retroproyección de una añorada Edad Media», y con ella las nociones, «aunque aún no los nombres», de decadencia y también, elusivamente, de esperanza y de renacimiento.

El barcelonés, sin embargo, solo pudo participar en una parte del segundo volumen (que continuaba con Cataluña y seguía a Mallorca) ya que, por su quebrantada salud, tuvo que pasar el testigo a su amigo, periodista y futuro presidente de la República, Francisco Pi y Margall.

En su conjunto, el resultado será imponente. Joaquín Verdaguer imprime entre 1839 y 1872 doce volúmenes de la serie *Recuerdos y bellezas de España*, «destinada a dar y conocer sus documentos y antigüedades, escrita y documentada por Pablo Piferrer, José Maria Quadrado, Francisco Pi y Margall y Pedro Madrazo, con 496 láminas dibujadas del natural y litografiadas por Francisco Javier Parcerisa». Las dos entregas de Piferrer, en concreto, tuvieron varias ediciones, y en 1932 se traducirían al catalán.

Mientras estaba volcado en este magno proyecto, el escritor, sometido a presión económica (su madre dependía enteramente de él y sus hermanos se hallaban sumidos en permanentes crisis de efectivo), daba clases en diferentes instituciones (algunas se las acabará pasando a Juan Mañé y Flaquer), trabajaba en la primera biblioteca pública barcelonesa, germen de la de la Universidad de Barcelona, y colaboraba como crítico teatral en el *Diario de Barcelona* (un cargo que también acaba cediendo a Mañé, y con ello le abre la oportunidad de su vida).

Piferrer publica poesías, hace vida literaria y frecuenta la botica de Félix Giró, en la calle Conde del Asalto, 98, donde se reúne lo más granado de la cultura de la ciudad entre jarabes para la tos, gotas para el mal de muelas y bálsamo de espinas contra las lombrices. En 1842 aparecen los primeros síntomas de su tuberculosis.

Como otros compañeros de generación, pero de forma mucho más acelerada, pasó de unas simpatías iniciales por el progresismo avanzado (Carnicer habla de su «exaltado liberalismo») a un conservadurismo prudente,

incluidas grandes glosas a la regente María Cristina con motivo de su visita a Barcelona en 1844. A lo largo de su corta vida, Piferrer —que tuvo buena relación con su coetáneo Balmes— se debatió entre el escepticismo religioso y una expresión de fe que se acrecentó en sus últimos años, cuando ya veía la muerte cerca.

Con respecto a la utilización literaria de la lengua catalana, mantuvo una posición ambivalente. Personalmente no la cultivó (excepto frases sueltas en su correspondencia) y, según Rubió y Lluch, en un primer momento de su carrera la miraba con desafección e incluso comentó con ironía el certamen de la Real Academia de las Buenas Letras que ganó Rubió y Ors. Pero en sus últimos años recomendó su uso a algunos poetas jóvenes que se le acercaban.

En 1846 Piferrer intenta dar un vuelco a su situación económica con la publicación de *Clásicos españoles*, una antología de textos «que pueden servir de muestras para la lectura y el análisis en el Curso de Retórica» y que propone para sustituir el *Tratado histórico-crítico de la elocuencia* de Capmany, que veneraba. Entre ambos «forman una historia crítica completa de los prosistas castellanos», según el biógrafo Guillermo Forteza. Su amigo Buenaventura Aribau la mueve en Madrid, y la Comisión de Instrucción Pública del Gobierno la aprueba para el curso 1848-1849, pero Piferrer ya no podrá beneficiarse de sus derechos de autor.

En su funeral, el 26 de julio de 1848, Juan Illa y Vidal leyó estos versos del fallecido amigo:

«Joven, camina y brilla; difunde, varón fuerte, / El son de tu renombre; después vendrá la muerte / A anonadarte.»

FUENTES:

Ramón CARNICER, *Vida y obra de Pablo Piferrer*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1963.

José COROLEU, *Biografía de Pablo Piferrer*, en *Galería de catalanes ilustres*, vol. I, Ayuntamiento de Barcelona, 1948.

Hipólito ESCOLAR, *Historia Universal del Libro*.

Joan-Lluís MARFANY, *Nacionalisme espanyol i catalanitat (1789-1859)*.

PATXOT Y EL ENIGMA DE LAS RUINAS DE MI CONVENTO

Una de las novelas españolas de más éxito internacional en el siglo XIX fue *Las ruinas de mi convento*, aparecida en 1851 y pronto traducida al francés, alemán e italiano. Con elementos del folletón, la novela gótica y el panfleto religioso, esta historia de aprendizaje, y también de amores prohibidos, cuya autoría aún hoy no resulta clara, encontró rápidamente su público.

Como en las grandes narraciones populares francesas de la época (Victor Hugo, Eugenio Sue), *Las ruinas de mi convento* arranca con un pequeño núcleo de personajes a los que el destino separa, somete a pruebas durísimas y finalmente vuelve a reunir.

En un pequeño pueblo de la costa catalana encontramos al narrador, Manuel, huérfano (su padre, marino, murió en un enfrentamiento naval). Educado por sus tíos, crece junto a su prima Adela, por quien siente una fuerte atracción. Para comunicarse desarrollan un lenguaje privado donde diferentes flores y plantas significan sentimientos (la rosa blanca, el silencio; la fibra de aloe, el amor fraternal; la campanilla, la consolación).

Cuando sus padres deciden casar a Adela con un acomodado piloto naval (que ha salvado la vida de Manuel en un accidente), los sentimientos del joven afloran, su tío se indigna y se organiza un gran escándalo familiar. Manuel deja la casa y marcha desesperado a Barcelona, cru-

zándose con las riadas de habitantes que dejan la ciudad, azotada por una epidemia. Acogido en la casa del bondadoso Andrés, Manuel, muy enfermo, quiere dejarse morir.

Pero un religioso, el padre José, le cuida y le convence de que su vida puede volver a tener sentido si la consagra a Dios y al prójimo. Siguiendo a su salvador, Manuel tomará los hábitos. Se repiten a lo largo del libro las consideraciones en torno al cristianismo entendida como una religión de perdón y consuelo.

Pasan trece años. Por distintas alusiones iremos sabiendo que Adela, tras la marcha de Manuel, no llegó a casarse con el piloto, que en una concatenación de situaciones embarulladas dio a su primo por muerto y que también tomó los hábitos.

Los capítulos finales transcurren en la Barcelona de 1835, en plena revuelta ciudadana antiaristocrática y anticlerical (la primera de las conocidas como las Bullangas). Grupos de activistas están quemando iglesias y asesinando religiosos. En un enorme convento que se ve sometido a sucesivos asaltos coinciden Manuel y el piloto, quienes no pueden evitar que el padre José sea asesinado. El hospitalario Andrés, que vive en las cercanías, ayuda al protagonista, que deambula por los espacios profanados como un fantasma. También fantasmagórica es la presencia de Adela, quien tras muchas vicisitudes ha llegado hasta el convento para morir con la bendición de Manuel. El narrador y el piloto escapan finalmente de los amotinados a través de un laberinto de catacumbas y nichos que brindan una atmósfera alucinada a la parte final de la novela.

¿Qué problemas plantea la autoría? Los sintetizó por primera vez a principios del siglo xx el presbítero Jaime Collell, influyente hombre de letras y biógrafo de Jaime Balmes, y retomó su argumento en 1992 el crítico Isidor Còn-

sul. *Las ruinas de mi convento*, con su éxito inmediato, se publicó sin firma. Lo mismo ocurrió con los dos libros que lo siguieron y que cierran una exitosa trilogía: *Mi claustro, por sor Adela* (1856), y *Las delicias del claustro y mis últimos momentos en su seno* (1858). El editor Luis Tasso se negó a dar explicaciones sobre la autoría.

En 1859, año de su muerte, *La Ilustración barcelonesa* señalaba como autor a Fernando Patxot, de quien ya se había hablado al respecto, negando él siempre su paternidad. «A muchos les es grata la abundancia de luz que a mí me incomoda», dijo en una ocasión. No es hasta 1871, en la primera edición conjunta de las tres novelas, que le son oficialmente atribuidas.

Isidor Cònsul se pregunta por qué Patxot, que había firmado varias obras con su nombre real o con un seudónimo reconocido, dejó de apuntarse estas que son las que dieron más éxito y dinero. Y siguiendo a Collell, especula que recibió una colaboración muy importante del franciscano Ramon Boldú, viejo amigo de los tiempos universitarios. Como novicio, Boldú había vivido dramáticamente los tumultos barceloneses de 1835, viéndose obligado a escapar de su convento por las cloacas con otros compañeros. Después se exilió. Tal vez el religioso llevó unas memorias mal escritas al editor, quien le sugirió que las pusiera en manos más expertas; quizás Patxot ya había iniciado su novela, que incluye escenas consideradas autobiográficas de su Sant Feliu de Guíxols natal, y su amigo se ofreció a enriquecerla con sus propias experiencias.

Las Ruinas «forman parte de la reacción conservadora de mediados del siglo XIX» (Cònsul). Fue un libro de mucho impacto e influencia. Su objeto, según Elías de Molins, es «despertar odio a los verdugos y simpatía por las víctimas» de aquellos hechos, aunque lo primero solo es cierto a medias, ya que, como hemos apuntado, casi toda

la novela gira en torno al concepto de perdón. La voluntad propagandística, aun así, resulta innegable. Escribe Patxot: «Sé que muchos creen que los conventos son perjudiciales. [...] En estas páginas dejo consignadas unas ideas diametralmente opuestas». Intenta probar «que los conventos, en vez de ofrecer horrores, tienen delicias, glorias, grandezas y encantos; que los claustros no dieron origen a los males sociales, antes estos hicieron necesaria la creación de aquellos en que hallaron su lenitivo».

Pero Patxot no era un conservador al uso en todos los ámbitos, al contrario. Nacido en Mahón en 1812, estudió en Cervera, Barcelona y Madrid. Fiscal de la intendencia militar de Cataluña hasta 1846, con el seudónimo de Ortiz de la Vega publicó, a partir de 1857, diez tomos de unos *Anales de España*, «para combatir el espíritu de provincialismo y extranjerismo, y presentar una nueva historia de nuestra patria bajo el punto de vista ibérico e independiente». En ellos reivindica que la historia de España no es solo la castellana, sino la de los distintos pueblos de la Península. Recientemente su aportación ha sido revalorizada por estudiosos de la relación entre el pensamiento reformista catalán y el papel de Castilla en España.

En 1858 impulsa el diario progresista *El Telégrafo*, que con algún cambio de nombre (se transformaría en *El Diluvio*) se mantuvo activo hasta la Guerra Civil.

FUENTES:

Jaime COLLELL, epílogo a *Las ruinas de mi convento*, ed. Pal·las Bartres, 1956.

Isodor CÒNSUL, «Notes sobre els problemes d'autoria de *Las ruinas de mi convento*», *Anuari Verdaguer*, 1992, número 7.